

país pequeño y aún muy próximo de la entraña popular, que contribuye —a su modo— a las grandes confrontaciones ideológicas de nuestro tiempo.

Iorgu Iordan: "Observatii asupra formarii cuvintelor in spanista". *Studii de Hispanistica*. Societatea Romana de Lingüística Romanica. 4. Bucureşti, 1970.

Iorgu Iordan: "*La Philologie et la Linguisti que dans le Cadré de l'Academie Roumaine*". *Revue Roumaine de Linguistique*. Tome IX. N° 5. Editions de l'Academie de la Republice socialiste de Roumanie. Bucureşti, 1966.

El maestro Iorgu Iordan, autoridad internacional en filología y lingüística románica, miembro del Comité Internacional Permanente de Lingüistas (UNESCO), académico rumano, entrega, en estos dos breves estudios suyos, una visión de la Academia Rumana [de la lengua] de particular interés para quien se interesa por el aspecto institucional de la sociolingüística; para quien —como lingüista— sabe que la lengua viva rebasa, con mucho, los marcos constriñentes de academias y comisiones gubernativas creadas para regular su uso, pero entiende también —como sociólogo— que el poder, la influencia y la interferencia de esas instituciones en la vida del lenguaje *tienen* que ser estudiados cuidadosamente, particularmente en relación con la formación intelectual de los académicos, con su procedencia social y con su afiliación político-ideológica. Estos estudios —que se emprenden poco— cuentan ya, al menos para nos-

otros: con uno muy importante, sobre la Academia de la Lengua Hebrea,<sup>1</sup> y con éstas sobre la Academia Rumana que, en su momento, deberán integrarse en un gran fresco comparativo de la sincronía y diacronía de todas las instituciones de este tipo: l'Academia della Crusca, l'Académie française, la Academia Española de la Lengua y sus filiales hispanoamericanas, la Academia de la Lengua Arabe, etcétera.

L'Académie française fue, para muchas de las otras, el paradigma a imitar, en cuanto a fines y organización; así, en lo que hoy es Rumania en 1866, se modeló una "Sociedad literaria rumana" que se propuso la edición de un diccionario y de una gramática. Que el empeño no era aisladamente académico sino trataba de satisfacer una necesidad social es algo que subraya Iordan: hacia esa época, se acababa de abandonar el uso de los caracteres cirílicos en la escritura del rumano, y, por ello, era indispensable fijar la ortografía rumana en caracteres latinos (lo cual era como volver al hogar, después de haber corrido mundo).

Para los obsesionados por el éxito y por el camino único, la historia de la Academia Rumana debe parecer decepcionante (a menos que olvidados de los balbuceos, se fijen sólo en los resultados estos últimos años). Para el maestro Iordan, en cambio, esto no rige. Contra todos los *parvenus*, él sostiene la vieja tesis del hombre de estudio, según la cual, no sólo valen los éxitos puesto que también son valiosos los fraca-

<sup>1</sup> Meir Medan: "La Academia de la Lengua Hebrea". Publicada por la Revista *Ariel*, de Israel, que comentamos en número previo de esta *Revista Mexicana de Sociología*.

sos si de éstos se sabe sacar una lección; si del aparente desastre total se salvan unos cuantos leños con los que construir nueva barca para navegar; si, así, se funda una tradición académica, una gran corriente a la que se hace viertan su caudal incluso otras corrientes menores (calificadas de "extrañas" en su momento) que —en realidad— conflúan —desde el principio— hacia la común desembocadura.

La obra de la Academia Rumana se construye sobre varios "fracasos" (quizás fuera mejor decir "tropiezos") y a ella contribuyen no sólo el grupo institucional como tal, sino —también— algunos de los académicos que producían fuera de la institución e incluso otros especialistas que, desde otra perspectiva, ni producían dentro de ella ni eran —propriamente— sus miembros.

Un primer tropiezo surgió cuando aparecieron un diccionario y una gramática producidos en sólo quince años: fallido, el uno, por incompetencia de sus responsables; valiosa, la otra, pero de irradiación limitada, en cuanto fruto del empeño de Ciparín. Un primer fuego fatuo el del intento de edición de antiguos textos por una comisión ineficaz, compensada: 1) por el esfuerzo de un académico (Hasdeu) que también publicó su *Magnum Etymologicam*, 2) por los de sus discípulos, 3) por el del bibliotecario Ion Biancu que logró ediciones facsimilares de textos antiguos. Fuera de la Academia, Philippide (como Presidente de la Comisión de Historia de Rumania) también animaba y apoyaba esa actividad. El celo de individuos como Hasdeu, Tocilescu, Philippide y Tanaveceanu corrigió también los errores de otros editores, filológicamente imprevistos.

Tras el fracaso científico del Diccionario Laurien y Massin, el éxito

científico pero el fracaso *práctico* del de Hasdeu. Su concepción señera se impuso y creó la tradición lexicográfica rumana. Contra los remilgos de otros lexicógrafos de ésa y de otras lenguas, de ése y de otros países, Hasdeu logró que triunfara lo que —en embrión— es ya un primer paso hacia la lexicografía sociolingüística moderna: el diccionario rumano debía abarcar *todo* el material de la lengua nacional. Ese criterio, conforme apunta Iordan, contrasta con los de otros admitidos por otras academias, al emprender tareas similares; esas otras se han dejado influir y se siguen dejando influir por criterios puristas, tradicionalistas, etcétera, con lo que eliminan muchas palabras de gran circulación en la lengua real. Esa concepción del diccionario atesorador del máximo de voces del idioma sólo espera la aplicación de un sistema de coordenadas sociolingüísticas (aplicado en forma consciente y uniforme a todas las voces del idioma) para ser más un Diccionario *Real* (en el sentido de "regio") de la Lengua que un simple Diccionario de una "Real" (o Presidencial) Academia de la Lengua (que en el caso de la España actual, sin rey ni presidente, quién sabe cómo debiera denominarse). Pero, del lado práctico, la concepción de Hasdeu quedaba frenada por su misma magnitud, pues para tal obra se necesitaban 1) una preparación enciclopédica y 2) un equipo numeroso con el que *todavía no* se podía contar.

Los grandes proyectos colectivos suelen ser eso: producto de una mente privilegiada, obra de muchos talentos y muchas manos, que los reconocen grandes y que colaboran en ellos o que (¿será la acción del "genio schopenhaueriano" de la especie al actuar sobre lo social?) contribu-

yen a ellos sin saberlo y —a veces— aun sin quererlo.

Así fue como Phillipide contribuyó, a su vez, a la obra común del pueblo rumano, extrayendo citas de los antiguos textos; haciendo que lo inaccesible se volviera disponible para todos.

En cuarenta años, sobre esas bases, con colaboración amplia, Puscariu publicó la mitad del Diccionario. Después, la obra se interrumpió por contingencias bélicas: su responsable, súbdito austrohúngaro, fue llamado a filas y hubo de dejar suspendida su labor, en forma parecida a como, una segunda guerra mundial habría de hacer fracasar los esfuerzos de otro estudioso de Rumania —el sociólogo Gusti— empeñado en difundir la sociología en su país, y en dar a los sociólogos del mundo una visión cabal y de primera mano, de la sociedad rumana.

Desde 1919, la Academia publicó estudios e investigaciones (*Studii si Cercetari*) que daban mucha importancia a los dialectos rumanos del sur del Danubio. Desde 1908 hasta 1931, publicó también textos folklóricos y etnográficos que arrastraban también material lingüístico utilizable por los lexicógrafos. Y fuera de ella, Desunsianu y Phillipide publicaban en Francia y en Rumania, sus fundamentales *Histoire de la langue roumaine* y *Principii de istoria limbii*.

El Maestro Iordan dice, concretamente:

“Si hubiera existido entonces, tal como existe hoy, el sentimiento de solidaridad científica puesto al servicio de toda la sociedad —con abstracción de la naturaleza de las relaciones inter-individuales y de individuo a grupo profesional— el problema fundamental de la Academia (el Diccionario tesoro), estaría resuelto hace mucho tiempo”. El mismo piensa que las condicio-

nes sociopolíticas de la Rumania de hoy son más favorables al logro de este fin; que lingüistas y filólogos como Tiktin, Gaster, Candrea, Lazar no tendrán que proceder hoy (como aquellos, ayer) a publicar fuera de la Academia.

Por otra parte, y de acuerdo con observaciones que hace el Maestro en el segundo de sus estudios, es interesante observar que si se compara la acción que han tenido las diferentes academias de la lengua que funcionan en la Neorromanía, destaca el gran peso autoritario que tuvieron y siguen teniendo en sus países respectivos la Academia francesa, por un lado, y la tradición literaria y académica italiana, por el otro, en contraste con el menor peso de la Academia española (que apareció más tarde y ejerció menos influencia) y de la Academia rumana (también de fundación más tardía y que, a las veces, por una concepción excesivamente latinizante del diccionario y de la gramática tampoco ha podido ejercer siempre un influjo decisivo).

Esfuerzos como éstos nos confirman en la convicción de que al lado de los otros estudios sociolingüísticos, y junto con la misma posibilidad *preceptiva* de aceptación de una *norma* sociolingüística, es posible y deseable el estudio de las academias de la lengua y de sus procesos de normación lingüística ya que a éstos se les puede considerar como una *realidad* sociológica: como una parte de la sociología de las instituciones por un lado, y como una parte de la sociología del conocimiento y la praxis (de las ideologías, en suma), por el otro.

Jack Fellman: “The Academy of the Hebrew Language: its History, Structure and Function”